

Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Edición de Antonio M. López Molina. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999; 286 p.

Conviene recordar de vez en cuando, aunque sólo sea por hacer un ejercicio de memoria, que en España también ha habido y hay reflexión filosófica. En cualquier caso, la memoria no sería neutral ni inocente y nos devolvería, maltrechos o no, los trazos de unos problemas que fueron pensados por algunos hombres. Problemas que, junto con las investigaciones que ellos nos aportaron, configuran una cierta historia y una cierta herencia que hoy es nuestra. Y con esos problemas, la memoria nos devolvería a estos mismos hombres; no a los hombres «de carne y hueso», pero, al menos, algo de ellos. Aunque él hubiese preferido lo primero, esto es lo que ocurre ahora con Unamuno y una nueva edición de su obra filosófica más tempestuosa, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

El profesor Antonio Miguel López Molina rescata otra vez un libro que es fruto de convulsiones personales, exposición sin recato de angustias y anhelos y defensa a voces de un único, pero lujoso en ramificaciones, deseo íntimo: el de la conservación y perpetuación de la propia vida. El tema central del libro es la exposición del ansia de inmortalidad personal. Según Unamuno, la conciencia de su propia existencia le provoca al hombre, ante la evidencia de su final, un ham-

bre insaciable de vivir y de vivir siempre en la forma en que se vive como hombre, es decir, como el hombre real y concreto, y no con sucedáneos de inmortalidad. Pero este deseo, esta protesta descarada o este patético lamento (tiene de los tres) cobra su fuerza característica precisamente porque choca con aquella evidencia. Y de esta contradicción, vivida como sentimiento trágico de la vida, surge la reflexión filosófica; al menos la de Unamuno.

He aquí el punto de partida del estudio preliminar de Antonio López Molina: la *contradicción* como perspectiva del mundo y como método de investigación. Pero como el mismo Unamuno consideraba que el pensamiento o la obra de cualquier autor es siempre la de un hombre real y que hunde sus raíces en su vida, comprendiéndose sólo a través de ésta, el estudio comienza por una biografía intelectual del autor del libro. Esta biografía trata, en efecto, de poner de manifiesto el carácter internamente conflictivo y contradictorio de la trayectoria vital unamuniana: su pasión por dos tierras, la que lo vio nacer y la que lo acogió; su carrera universitaria como profesor y rector, y su labor creativa original; su militancia política y sus desplantes, que le valieron el destierro; su reparto de creatividad entre diversos géneros e incluso entre formas distintas de esa creatividad; y los momentos trágicos de su vida.

Sobre éstos se hace especial hincapié, justamente por lo que tienen de componente vital generador de conflictos internos. Dichos momentos propiciaron en Unamuno el desencadenamiento de una experiencia de angustia ante el choque entre el deseo de una fe religiosa que lo consolara y el desenvolvimiento de los procesos racionales a los que no podía sustraerse. Pero ni una ni otra podían darle satisfacción, ni aun el conflicto mismo entre ambas tendencias. Y, sin embargo, fue el auténtico motor de la creación unamuniana y de las fases de especial intensidad en la misma.

Por esta razón quiere hacer ver Antonio López Molina que la contradicción es justamente la clave hermenéutica de la vida y la obra de Unamuno, patente con una fuerza difícil de igualar en el texto que introduce. Y que la contradicción o el conflicto, podríamos decir, es para él tanto una experiencia como un método de reflexión.

La contradicción básica en Unamuno es la que enfrenta *sentimiento* y *razón*. El primero encierra el abanico semántico de la vida, la afectividad, la voluntad y hasta la fe religiosa; mientras que la segunda se expresa, asimismo, en los términos de ciencia, inteligencia, filosofía.

Los hitos que Antonio López Molina va entresacando del texto analizado, en relación con este enfrentamiento, son los siguientes: por un lado, la anticipación de Unamuno a su tiempo en la afirmación de que la estructura básica del sujeto individual reside en su cuerpo, en cuanto principio de unidad en el espacio y en el tiempo. A continuación, la centralidad de la voluntad en el esfuerzo del *yo* en

su propia defensa. Esta defensa es la de la perseverancia en el ser frente al destino de un final, y genera una dialéctica entre fe y razón que no se supera conservándolas ambas en un estadio posterior, sino que se mantiene y mantiene al hombre en la incertidumbre y en la desesperación. Esta lucha, que se produciría, supuestamente, en el interior de cada hombre, pero que tiene motivos también externos (los de las tradiciones religiosa, filosófica y científica, con cuyas aparentes soluciones nos formamos), produce el ansia de inmortalidad personal, de inmortalidad *en la vida*; ansia que no acaba, porque no encuentra satisfacción de ningún tipo, ni racional, ni religiosa.

Cada parte del conflicto trata de rebasarse a sí misma y tomar posiciones en el otro lado. Y, sin embargo, ninguna puede solucionar el problema o, podríamos decir, ninguna puede siquiera plantearlo, dados sus propios límites: al final, la religión lo modifica y la razón lo disuelve.

El estudio del libro recorre las fases de la indagación de *Del sentimiento trágico de la vida*, agrupándolas en torno a los temas clásicos de la teoría del conocimiento y del sujeto o del *yo*. Y a partir de ahí, sitúa cada una de las soluciones discutidas y analizadas por Unamuno al problema de la inmortalidad personal, como las soluciones racional-científica y religiosa, para concluir en lo que quiere llamar la solución propiamente unamuniana, que no es tampoco ninguna auténtica «solución».

Al mismo tiempo, así como el sentimiento trágico de la vida no es exclusivo de hombres concretos, de individuos, sino que también lo poseen pueblos enteros, igualmente las disputas en la visión y la solución del problema trágico, de la evidencia de un final y del anhelo de inmortalidad personal, tienen sus representantes en pueblos y en culturas. De este modo, Unamuno señala y ahonda en el paralelismo entre el conflicto que enfrenta sentimiento, vida y voluntad frente a razón y ciencia, y el conflicto catolicismo-protestantismo. La defensa unamuniana del catolicismo es, más propiamente, la defensa de las culturas de raigambre católica frente a las culturas de raigambre protestante, puesto que se entiende que ambas versiones del cristianismo y la disputa misma en el transcurso de la Reforma y la Contrarreforma produjeron, más allá del ámbito estrictamente religioso, dos visiones del mundo y dos posturas ante él.

El estudio de Antonio López Molina destaca esta disputa en la extensión a dos dialécticas que, a su manera, están vigentes hoy: la dialéctica entre la tendencia a una hegemonía centroeuropea (franco-alemana) en la comprensión de Europa, frente a la Europa del contorno (España, Portugal, Italia, e incluso Gran Bretaña); y la dialéctica entre la filosofía española y la europea.

Las culturas de raigambre protestante giran, entre otros centros de gravedad, en torno a la identificación de la razón (y con ella, del sujeto individual racional) y el progreso en la forma de la ciencia y la tecnología. Unamuno no rechaza los

avances y resultados de éstas; al contrario, se sirve, como todos, de ellas. Pero su sentido sólo es práctico. Esta racionalidad no puede resolver el problema vital al que nos hemos referido. Por ello, esta visión del mundo, más que liberar, esclaviza en lo fundamental. La posición de las culturas católicas, como la española, es, para Unamuno, la posición trágica por excelencia (también en sus propias contradicciones) frente a la aceptación resignada de una racionalidad científica que gira en torno a una cierta idea de progreso y que es ciega antes que impotente ante el problema humano.

Todo esto se hace culminar en la idea unamuniana de la filosofía, frente a algunas de las definiciones clásicas (alemanas), como reflexión sobre el sentimiento trágico de la vida, es decir, sobre la tragedia interior de cada hombre ante la negación racional de su deseo vital y su voluntad de inmortalidad personal. Esta idea de lo que ha de ser la filosofía se cifra, pues, en la dialéctica y el enfrentamiento mismo entre dos formas límite de ver y de comprender el mundo y a los hombres: la voluntad y la razón, el vitalismo y el racionalismo (que Ortega creyó poder unir).

La parte introductoria de esta edición se completa con una bibliografía rigurosa, pero selecta, que recoge las ediciones de obras completas de Unamuno y un grupo de estudios sobre su producción filosófica. Esta bibliografía secundaria está, además, comentada, lo que le proporciona un valor añadido, algo que debería convertirse en norma, en especial, cuando se trata de introducir seriamente al conocimiento de una obra o de un autor, en el campo que sea.

Además, se adjunta una cronología tripartita, que recoge la vida y obra de Unamuno, los acontecimientos filosóficos ocurridos en el mismo período (incluye la publicación de obras literarias) y los acontecimientos históricos (políticos).

Se puede decir que la forma de introducción o estudio preliminar utilizada, acompañada de todos estos elementos y herramientas, y con el estilo empleado en ella, es, entre las diversas formas posibles, la que mejor se adapta tanto a las necesidades del profano en materias filosóficas y en su bibliografía, como al que, no siéndolo, quiere introducirse en el pensamiento de Miguel de Unamuno, que, sin duda, se encuentra también en otras obras, y no sólo filosóficas, sino también literarias. La figura misma de la introducción hecha por otro que no es el autor, en su versión de análisis interno, queda bien representada en este caso.

Ricardo Acebes Jiménez